

LAS CONDUCTAS MARGINALES DE LOS JOVENES POBLADORES

FRANÇOIS DUBET

(CADIS, Francia)

Es en cierto modo paradójico describir la situación de los pobladores en términos de exclusión, alienación, miseria y dependencia, y —al mismo tiempo— percibir en ellos sólo conductas “positivas”, formas de acción colectiva que manifiestan una voluntad de integración, de participación social o de afirmación comunitaria. De hecho, existen también conductas “negativas”, destructivas, descompuestas —la cara oscura de la acción de los pobladores—. Los jóvenes delincuentes salidos de las poblaciones —marginales en la marginalidad misma— son también la expresión de una situación global, el rostro “peligroso” cuya imagen es agitada por el poder para asustar a la clase media, y el que aun para los mismos pobladores encarna las formas de acción mortal que les acompañan.

Se podría intentar explicar la delincuencia y la marginalidad de los jóvenes pobladores como una simple respuesta a la situación que sufren, y frecuentemente los trabajos sobre los jóvenes marginales se interesan menos en las conductas de los jóvenes mismos que en la situación que las origina. ¿No es evidente que los jóvenes son, más a menudo que los adultos, víctima de la cesantía? ¿No se sienten más frustrados que sus mayores, puesto que la extensión de la escolaridad ha elevado sus expectativas? Puesto que son adolescentes, ¿no están más afectados por la anomia y la crisis que golpea a los pobladores? Todas estas respuestas son evidentes y, sin embargo, ellas no bastan, ya que nada dicen sobre las orientaciones del actor y sobre el sentido de sus conductas percibidas no sólo en términos de situación, sino de relaciones sociales.

Dicho de otra manera, las conductas marginales de los jóvenes forman parte del sistema de acción de los pobladores al mismo título que las formas “concientes y organizadas” de acción colectiva; por lo tanto, se deben estudiar como tales y se debe ver cómo expresan los bloqueos o la descomposición de un actor. Si ellas son otra cara del sistema de acción de los pobladores, son también un elemento de él.

Es esa demostración la que nos gustaría iniciar aquí —como una hipótesis—, a partir de una lectura secundaria y de una interpretación de algunos trabajos empíricos acerca de los jóvenes pobladores¹. Tal ejercicio se apoya en parte en la intervención sociológica realizada por SUR y el CADIS con pobladores². También se inspira en una investigación llevada

¹ Cf. especialmente I. Agurto, M. Canales, G. de la Maza, *Juventud chilena. Razones y subversiones*, Santiago: ECO, FOLICO, CEPAD, 1985; A. Mattelart, M. Mattelart, *Juventud chilena: rebeldía y conformismo*, Santiago: Ed. Universitaria, 1970; R. Solari, “Aspectos de la subjetividad juvenil”, *Juventud chilena, identidad y alternativas*, Santiago: CIDEJU-SERPAL, 1982; E. Valenzuela, *La rebelión de los jóvenes*, Santiago: SUR, 1984; F. Vives, D. Silva, L. Serrano, *Diagnóstico de la juventud marginal, un estudio de caso*, Santiago: DECU, 1981; J. Weinstein, *Jeunesse, sous-prolétariat et comportements socio-politiques*, Université Catholique de Louvain, 1986.

² *Pobladores, por aparecer*

* Traducción de G. Garay

a cabo en Francia sobre las conductas marginales de los jóvenes³. Pero en la medida en que no se apoya sobre una investigación en terreno *ad hoc*, este artículo se parece más a la ilustración de un enfoque y a un juego de proposiciones que a una verdadera demostración.

I. LAS CONDUCTAS MARGINALES DE LOS JOVENES

1. Durante un largo período, las conductas marginales de los jóvenes en América del Norte y luego en América del Sur, han sido interpretadas como manifestaciones patológicas ligadas al ingreso en la sociedad industrial y moderna. Es la Escuela de Chicago de los años veinte y treinta la que ha construido tal modelo de análisis. De acuerdo a él, la delincuencia de los jóvenes y la formación de bandas proceden de la desorganización social que se desarrolla en el tránsito desde el mundo tradicional al que pertenecen los jóvenes, al mundo moderno de la industria y de la ciudad, con las enormes dificultades de incorporación que éste presenta. La marginalidad es así definida —en relación al cambio social— como un “híbrido cultural”. Las bandas de jóvenes y la sub-cultura delinencial son percibidas como formas naturales y, en definitiva, positivas de gestión de las etapas de transición y desarrollo.

La sociología norteamericana ha presentado una imagen relativamente optimista de este análisis en términos de desorganización —la industrialización que acompaña a la urbanización—, mientras que la sociología latinoamericana parece apegada a una versión más pesimista de este fenómeno, puesto que los nuevos grupos están bloqueados a las puertas de la industria y de la integración económica. En el fondo, esta sociología clásica de la delincuencia participa de la sociología del desarrollo y de la definición de la marginalidad urbana como una etapa transitoria entre la tradición y la modernidad. La sociología de la delincuencia no difiere de aquella de los grupos marginales urbanos; ella insiste simplemente en los fenómenos de ruptura que conducen a los jóvenes a crear una sub-cultura delinencial, una marginalidad cultural en el seno de la marginalidad más global de su grupo de dependencia, pero deja la delincuencia como una sub-cultura situada entre la comunidad de origen y la integración más o menos fácil.

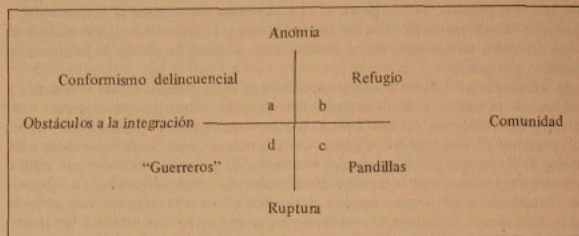
En los trabajos más recientes esta imagen no ha desaparecido totalmente; los jóvenes pobladores aparecen siempre situados “entre dos aguas”. Pero el cuadro se ha endurecido considerablemente. Todos insisten en el estallido de una sub-cultura desviacionista y en la heterogeneidad de las conductas marginales de los jóvenes. Estas ya no aparecen construidas alrededor de un principio central de resistencia a la desorganización social. La mayor parte de los observadores son sensibles a dos fenómenos de amplitud relativamente nueva. Por una parte, el desarrollo de conductas anómicas, descompuestas, aquellas que derivan de la destrucción de la sub-cultura marginal y de la incapacidad de dominar las tensiones provocadas por la misma juventud y por la situación de crisis agudizada. Por otra parte, todos los sociólogos subrayan el papel de los jóvenes marginales, a menudo delinquentes, luego de las *protestas*, donde la defensa de la comunidad territorial está revestida por una lógica de ruptura tanto social como política. La ruptura y la anomia no son equivalentes, ya que una y otra provocan comportamientos muy diferentes: agresiones y violencias en un caso, repliegue defensivo en el otro. La idea de rebelión anómica parece esconder temas diferentes y su interés principal es subrayar la existencia de lógicas, de rupturas no

³ F. Dubet, *La galère, jeunes en survie*, Paris: Fayard, 1987.

organizadas, infra-políticas, y que se alejan, sin embargo, de las formas más tradicionales de desviación.

Todo sucede como si, con el correr del tiempo, el eje clásico que va de la comunidad a la participación, creador de la desorganización social y de la sub-cultura de los jóvenes, estuviera como quebrado y desestabilizado por un eje que va de la anomia a la ruptura, de las destrucciones del actor a la violencia. Dicho de otra manera, las conductas de los jóvenes parecen romperse entre cuatro polos: el de la integración frustrada, el de la anomia, el de la defensa comunitaria y el de la ruptura. Estas conductas son homólogas a aquellas de los adultos encontradas por el trabajo CADIS-SUR, pero éstas son la imagen "negativa", trastocada: la de la desviación en la marginalidad.

2. Es posible situar y definir sociológicamente las conductas marginales de los jóvenes en el cuadro analítico siguiente, en el cual el eje tradicional del análisis de las conductas marginales de los jóvenes está cruzado por aquel que va de la ruptura a la anomia.



Los comportamientos de los jóvenes descritos por I. Agurto y J. Weinstein parecen inscribirse en las cuatro lógicas analíticas siguientes:

a) La primera orientación —aquella sobre la cual los investigadores insisten poco, pero que evidentemente se desarrolla en la marginalidad y se refuerza con la crisis— es la del conformismo delincuencial como estrategia desviacionista de integración a través de la organización racional de recursos ilegales. El robo, la prostitución, tráfico de drogas, son guiados por esta lógica. El actor joven es empujado por un deseo de integración cuya fuerza aumenta en la medida en que las esperanzas son reforzadas por una imaginaria de consumo de masas. Esto crea una situación anómica —en el sentido mertoniano del término— y los jóvenes derriban los obstáculos normativos ligados al paso a la delincuencia. El actor puede ser considerado como una especie de empresario delincuencial, conducta que se ve acrecentada al estar cerradas las vías de participación social, y debilitada la integración moral del grupo. Se crea así un "medio" de delincuencia en que las primeras víctimas son a menudo los mismos pobladores, lo que explica, por lo demás, que pidan masivamente un cierto refuerzo de la presencia policial en los barrios⁴.

Esta lógica delincuencial de "cada uno para sí mismo" se opone a la imaginaria comunitaria de los grupos marginales. No es la población entera la que está contenida en esa

⁴ Cf. la encuesta citada por Eugenio Tironi en las actas de este coloquio.

comunidad complacientemente descrita por muchos investigadores y militantes; la población es también el universo del egoísmo, de la guerra de todos contra todos, de la "envidia", de la ley del más fuerte y del más hábil⁵. Se comprende fácilmente entonces en qué sentido este conformismo delincencial puede aparecer como el derrumbe, como la imagen negra de la imposible participación económica y social.

b) Junto a una lógica delincencial, los estudios empíricos describen conductas de refugios individuales, de introversión y de repliegue sobre una crisis personal. La anomia, en el sentido más durkheimiano del término, destruye al sujeto en sus capacidades de integración y de regulación. El joven se esfuerza por salir del mundo tal cual es a través de una estrategia de indiferencia y, a menudo, deviniendo un "volado", cultivando el olvido con la ayuda de productos tóxicos. Pero esta salida de lo social toma también otra forma cuando se comporta como un "empresario de sí mismo" y vive de manera aislada y dependiente a costa del medio.

c) La tercera lógica de acción es la más conocida desde las *protestas*. La banda tradicional de jóvenes se transforma, identificándose con la defensa agresiva del territorio contra aquellos de afuera y contra la policía. Luego de las protestas, cierran el barrio con barricadas de neumáticos encendidos y esperan que la policía ataque a fin de defender su territorio. En las pandillas juveniles, a menudo delincuentes, que atacan a los automovilistas y comerciantes, no domina únicamente una estrategia del interés; ellas se identifican también, de manera expresa, con la defensa de la comunidad. La delincuencia está dominada por una voluntad de ruptura, de rechazo de las instituciones, en la cual el barrio es percibido como la "propiedad del grupo".

d) El último tipo de acción delincencial es el de los jóvenes que algunos estudios citados califican de "guerreros". Se trata aquí de una lógica desviacional expresiva, aquella que los jóvenes desarrollan en el límite de la acción política. El discurso de la revuelta social cae en este caso bajo la fascinación del terrorismo. La delincuencia llega a ser rebelión. Podemos pensar que a través de esta lógica de ruptura agresiva, Chile ve surgir conductas marginales de jóvenes que se acercan a aquellas bien conocidas en Bolivia y Perú. También sería posible calificar este tipo de desviacionismo como "radicalismo social". Estos jóvenes son los "primitivos de la revuelta", que no alcanzan a pasar a la acción política.

¿Se trata de tipos sociales o de lógicas de acción a través de las cuales circulan los actores individuales? No es posible responder a esta pregunta sin un trabajo empírico específico. Pero se puede esperar razonablemente una circulación de jóvenes en el espacio de estas conductas delincenciales. Hace falta subrayar que tales formas de acción corresponden más o menos exactamente a aquellas que hemos encontrado entre los adultos. Ellas endurecen los aspectos instrumentales, que se vuelven cínicos y delincenciales, tal como los aspectos expresivos toman formas violentas. Es evidente que tales excesos son posibles debido a que las barreras normativas de la adolescencia son más débiles que las de los adultos. El deseo de integración se convierte en conformismo delincencial, la dependencia se convierte en repliegue, la afirmación comunitaria pasa a ser ruptura, y el radicalismo político se transforma en revuelta social.

⁵ Cf. la comunicación de G. Campero y el estudio de J. Matos Mar, citado por A. Touraine, *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*, Santiago: PREALC, 1987.

II. CONDUCTAS DESVIADAS Y SISTEMAS DE ACCION

Parece entonces razonable plantear la hipótesis de una cierta correspondencia entre las conductas desviadas de los jóvenes y las normas de acción de los movimientos de pobladores. De todas formas, la identificación de estas correspondencias no basta. Hace falta mostrar en qué sentido el desarrollo de las lógicas de las acciones delincuenciales se inscribe dentro del conjunto del sistema de acción de los pobladores, y en la crisis de este último.

1. Todo actor social construye su práctica a niveles distintos. Cada uno de ellos posee su coherencia propia y pertenece a un tipo particular de relaciones sociales.

a) El nivel más inmediato de la acción, aquel que se destaca más fácilmente, es el nivel de la organización social, de la integración. El actor está definido por su pertenencia, su posición en un grupo; en resumen, está definido de manera funcionalista por las formas y la intensidad de su integración. Entre los pobladores, esta organización y esta integración no están siempre definidas por la comunidad, en el sentido clásico de esta noción, sino que se trata más bien del barrio y, sobre todo, de la familia y las redes de ayuda y supervivencia. Las mujeres están identificadas en este relativamente estable nivel de acción, ya que ellas aseguran la continuidad, la sobrevivencia y la unidad de la familia, que aparece en todas las investigaciones como valor fundamental. Aquello que se llama la comunidad es más una representación, un discurso, una voluntad de acción, o aun, una proyección populista de los intelectuales, que una verdadera forma de integración del grupo de pobladores.

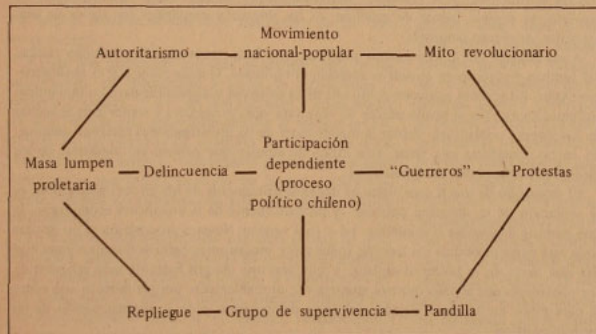
b) Si es en el nivel de la organización y la supervivencia que se forma la mayoría de las reivindicaciones, éstas no se constituyen como acción colectiva y como estrategia sino en el paso al sistema institucional, es decir, al sistema legal de participación social como expresión legítima de reivindicaciones. Como lo muestran los trabajos de M.A. Garretón, el proceso político chileno, durante muchos años, ha ofrecido a los pobladores un espacio de participación política limitado y dependiente. La presencia de reivindicaciones en la escena política pasaba a través de los partidos políticos controlados por la clase media, y era el Estado el que, a su vez, desarrollaba una política de movilización y participación limitada. Para los pobladores, este tipo de participación se encarnó en la toma de La Victoria, cuando una acción reivindicativa fue apoyada por la política populista del período de Frei. En este caso, el actor social no se define por su integración, sino por su capacidad estratégica y por los recursos de que dispone en un sistema institucional.

c) El tercer nivel de la acción es el de los movimientos sociales, de las relaciones sociales y de los proyectos que permiten a un actor percibirse como un sujeto histórico y esforzarse por participar, de manera conflictual, en las orientaciones culturales centrales de la sociedad. A causa de su exclusión y de su marginalidad, nunca los pobladores han podido constituir un real movimiento social, y es sólo de manera metafórica e ideológica que algunos han llegado a analizar las luchas de los marginales en los mismos términos que una acción de clases o el movimiento obrero. De la misma manera, nunca la lucha de los pobladores ha podido ser identificada como una lucha revolucionaria capaz de impulsar un cambio de tipo de sociedad.

En su período de desarrollo, la lucha de los pobladores ha podido, sin embargo, aproximarse a un tipo mixto de movimiento, los movimientos nacionales-populares. El actor movilizado, el "pueblo", es definido a la vez en términos de clase (de explotación) y en

términos culturales (la comunidad excluida). De la misma manera, el adversario ha podido ser definido de varias maneras, como el explotador, pero también como el extranjero –cultural y nacional– y como el obstáculo al cambio. En el período nacional-popular, el término vago de “oligarquía” era el que designaba esta forma de dominación social. En fin, el proyecto de esta lucha estaba concebido alrededor de los temas del progreso, pero también de la justicia y de la participación; en otras palabras, como un llamado al desarrollo y a la integración nacional.

2. Este tipo de acción, que por cierto no ha existido nunca de manera tan fuerte y profunda como la sugerimos aquí –se trata de un tipo ideal–, aparece hoy día descompuesto, y la desviación de los jóvenes puede ser concebida como una de las manifestaciones más agudas de esta descomposición. Es entonces posible representarse las conductas marginales de los jóvenes en las categorías de cuadro siguiente.



a) Confrontado a la crisis económica y la ausencia de esperanza; confrontado también al alejamiento de las formas más tradicionales de la integración y de la regulación, el grupo de pobladores ya no es capaz de controlar y de interpretar a los jóvenes. Entonces, los adolescentes se separan del grupo según dos vertientes. La primera de ellas es la de la anomia y de la individualización que caracterizan el repliegue de aquellos que se “salen” del grupo. La segunda vertiente, la de las pandillas, corresponde a la hipertrofia expresiva de la comunidad en crisis. Estos dos tipos de conducta ya no encuentran espacio de integración en la sociabilidad propia del barrio y de la banda de jóvenes tradicional.

b) La dictadura ha destruido el proceso político chileno de participación dependiente. El cierre de los canales de participación social –al que conviene agregar la exclusión económica– ha conducido a una gran parte de los jóvenes a identificarse, aquí también de manera expresiva, como los defensores guerreros del grupo opuesto al Estado; otros jóvenes, *entretanto*, han escogido las estrategias de participación ilegal a través de la delincuencia organizada. En este último caso, el actor se manifiesta con un instrumentalismo discreto, mientras que los “guerreros” escogen, al contrario, la expresión espectacular.

c) Finalmente, la descomposición del tema nacional-popular que asociaba una lógica de conflicto a una voluntad de integración nacional, provoca la emergencia de un mito, de una sensibilidad y un romanticismo revolucionarios, de un deseo puro y expresivo de ruptura. De otro lado, la lógica de integración nacional frustrada se transforma en ideología autoritaria, en llamado al orden y al salvador carismático. Según los trabajos de I. Agurto y de E. Valenzuela, estas dos versiones parecen dominar las aspiraciones de los jóvenes.

3. La presentación de las conductas marginales en el seno de un modelo de descomposición de un movimiento nacional-popular ofrece un interés analítico y teórico; se trata de un esfuerzo para comprender la delincuencia como parte de un sistema de acción global. Pero este tipo de razonamiento pone en claro también el proceso de formación de las dos formas de acción de los jóvenes pobladores. El primero, el mejor conocido, es el de la protesta, de la defensa expresiva y "revolucionaria" de un territorio, de un grupo que rompe con las instituciones y se esfuerza —simbólicamente— en hacer la guerra al Estado. Al respecto, es posible hablar de rebelión de los jóvenes y escudriñar los signos de una corriente social-revolucionaria.

A esa imagen, que puede parecer positiva, hace falta oponer aquella, también clásica, del lumpen-proletario en el cual se mezclan el repliegue, la delincuencia y el autoritarismo. Aquí, los jóvenes aparecen como una masa peligrosa y disponible para los movimientos autoritarios. No se puede perder de vista esta versión negativa y sombría de la acción de los jóvenes pobladores. Tal vez la mayor parte de las investigaciones persisten demasiado en no considerar esta masa, esta lógica de lumpen que permea las conductas de los jóvenes pobladores más marginalizados.

El desarrollo de una u otra lógica no depende únicamente de los jóvenes pobladores; es la evolución de la situación política —y probablemente de la coyuntura económica— la que permite desarrollar o minimizar tal o cual versión. Nuestra proposición es no ignorar toda esta parte escondida del iceberg, todos estos mecanismos oscuros que atraviesan hoy día una parte de la juventud chilena, y que son una imagen bastante más peligrosa de los pobladores que aquella que nos gustaría ver, probablemente porque tanto la una como la otra están fuertemente alejadas del tema democrático y de la reconstrucción de un espacio político.

Recordemos que todo este razonamiento está construido a partir de un material no específico, y que por eso presenta más las características de una hipótesis que de una constatación. Parece, sin embargo, que una aproximación a los pobladores no puede ignorar estas dimensiones de la experiencia marginal. Los jóvenes no son simplemente víctimas cuyas conductas se explicarían por una etiología particular y una mala situación. Es importante comprenderlos como parte de todo un sistema de acción, y nos gustaría —con este breve artículo, probablemente discutible en muchos puntos— invitar a los investigadores a no disociar el estudio de la marginalidad de los jóvenes de aquél enfocado al conjunto de conductas de los pobladores.